



Díjome Montesinos, como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma.

por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo.

Con esta satisfacción que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma.

—Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejete, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo, respondió Don Quijote, no me estaba á mi



bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo:

—Yo no sé, señor Don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha estado allá abajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto há que bajé? preguntó Don Quijote.

—Poco más de una hora, respondió Sancho.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anoecer y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra.

Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamiento, quizá á lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres días con sus noches.

—Así será, respondió Don Quijote.

—Y ha comido vuesa merced en todo ese tiempo, señor mío? preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento.

—¿Y los encantados comen? dijo el primo.

—No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho.

—No por cierto, respondió Don Quijote, á lo menos en estos tres días que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo; ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refrán, dijo Sancho, de dime con quién andas, decírtelo he quién eres: ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues había de mentir el señor Don Quijote, que aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millón de mentiras.

—Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho.

—Si no ¿qué crees? le preguntó Don Quijote.

—Creo, respondió Sancho, que aquel Merlín, ó aquellos encan-

tadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labraras que por aquellos amenisimos campos iban saltando y brincando como cabras y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos á la salida del Toboso?

Pregunté á Montesinos si las conocía: respondiome que no; pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocía él á la reina Jimelra y su dueña Quintañona, escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino.

Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morir de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indudablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo:

—En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se lo había dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, si quiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo y que le respondió?

—Cotocila, respondió Don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Háblala, pero no me respondió palabra, antes me volvié las espaldas, y se fué huyendo con tanta prisa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenía volver á salir de la sima.

Díjome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que más pena me dió de las que allí ví y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo:

—Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo de cotonia nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad.

Suspendiome y admirome el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté:

—¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió:

—Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta á los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto.

—Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije:

—Decid, amiga mía, á vuestra señora que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero.

—Diréle también que cuando menos se lo piense óír decir cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el mar-



qués de Mantua de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así lo haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla."

—"Todo eso y más debe vuesa merced á mi señora," me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire.

—¡Oh santo Dios! dijo á ese tiempo dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza

los encantadores y los encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra y no dé crédito á esas vaciedades que le tiene menguado y descabalado el sentido!

—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo Don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.



## CAPÍTULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

**D**ICE el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen del estaban escritas de mano del mismo Hamete, estas mismas razones:

—No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que al valeroso Don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es, que todas las aventuras, hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verosímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que Don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo, y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo más, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retractó della, y dijo que él la había inventado por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias." Y luego prosigue, diciendo:

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dió Sancho, que merecían molerle á palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo:

—Yo, señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el "Ovidio español," que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del Emperador Carlomagno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquel grande

espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó, diciendo: "Paciencia y barajar."

Y esta razón y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlomagno. Y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es "Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades," y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor de Durandarte.

La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado por las gentes.

—Vuesa merced tiene razón, dijo Don Quijote; pero querría yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quién piensa dirigirlos.

—Señores y grandes hay en España, á quien pueden dirigirse, dijo el primo.

—No muchos, respondió Don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfacción que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlos, quizá despertara la envidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche.

—No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitación un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinión de ser muy buen cristiano, y muy discreto y caritativo además: Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

—¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho.

—Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma, y comían raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo menos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador.

Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban, venía un